

Educar en la cultura del encuentro

Disertación, Asociación Cristiana de Empresarios, septiembre de 1999

Jorge M. Bergoglio, S.J.

“Mi enseñanza no es mía, sino de aquel que me envió” (Jn 7, 16)

En Harvard, en el frontispicio de uno de sus edificios, se lee: “¿Qué es el hombre para que así lo cuides?”. Magnífica cuestión, para ser abordada por quien quiere adentrarse en el ámbito de la educación. Como nosotros hoy.

Lo que allí se expresa, con toda su carga de admiración -son palabras tomadas del Salmo 8 –no pone el énfasis en que sea Dios -interlocutor del salmista– el interesado en su creatura. “...Para que así lo cuides”. El acento está puesto en el “así” de la interrogación. Es la calidad del cuidado que Dios dispensa al hombre, la que sorprende al salmista. Esa suma de atenciones, la Escritura las reúne en un vocablo: amor.

Y después de la sorpresa, luego del impacto que producen las acciones del Creador para con su obra predilecta, viene la otra cuestión. Queda planteada la pregunta ontológica, la pregunta por el ser de aquel beneficiario de tantas delicadezas.

¿Qué es el hombre? ¿Qué somos los hombres?

La frase bíblica tomada en su contexto permite entrever una doble vía de acceso, no antagónicas, al misterio del hombre: la vía teológica; o el camino de remontarnos desde las obras, al núcleo desde donde brotan las mismas: la vía de la filosofía, la cultura, las ciencias.

La primera senda nos conduce, sin dejar de admirarnos como el autor sagrado, a esa pedagogía divina para con la humanidad, donde nos dirige su Palabra, que adquiere tal densidad de cercanía y de presencia en medio de la historia, que se hace uno de nosotros: Jesucristo. Cristo revela plenamente el hombre al mismo hombre y le muestra su dignidad.

La pregunta cabe, porque el hombre necesita saber lo que es -de alguna manera- para ir aprendiendo a ser lo que es. Está dado como esencia, como naturaleza, pero debe ser acabado, debe ir realizándose. Y es a este proceso de humanización, al que llamamos educación.

El hombre, junto a los demás hombres, pone en ejercicio sus potencialidades y a la vez que se autorrealiza, va generando cultura. En la cultura, el sujeto es una comunidad, un pueblo, en que se da un estilo de vida. La educación implica un proceso de transmisión de la cultura.

El hombre y los pueblos se dicen con sus obras, pero debemos agregar que también somos aquello que aspiramos a ser. Por lo cual, podemos ser definidos, tanto por nuestras aspiraciones cuanto por nuestras realizaciones.

Al fin del milenio se habla de crisis cultural; de crisis de valores. Y todo esto toca el núcleo de lo humano, en cuanto persona, en cuanto sociedad.

Nos preocupa lo que pasa. No debemos olvidar que el mal irrumpe y se instala sólo cuando no está lo que debiera estar. Conviene pues, un discernimiento.

Discernimiento cultural

En esta cultura globalizada, llegan a nuestras orillas restos de lo que alguien tituló “cultura del naufragio”, elementos de la modernidad que se despiden y de su posteridad que va ganando terreno.

Intentemos reconocer y caracterizar, algunos de sus rasgos:

Mesianismo profano: aparece bajo diversas formas sintomáticas de los enfoques sociales o políticos. A veces se trata de un desplazamiento del ethos de los actos de la persona hacia las estructuras, de tal modo que no será el ethos el que da forma a las estructuras sino las estructuras quienes producen el ethos. De ahí que el camino de salvación socio-político prefiera ir por el “análisis de las estructuras” y de las actuaciones político económicas que de ellas resultan. Detrás de esto subyace la convicción que el ethos es un elemento frágil mientras que las estructuras tienen valor sólido y seguro. Este hecho se mueve en la tensión acto-estructura. El ethos no sostiene la correcta tensión entre el acto y estructura (se considera lo activo como lo que viene de la interioridad de la persona). En consecuencia, el ethos se desplaza hacia las estructuras pues son naturalmente más estables y de más peso. Al perderse el sentido personal del fin (el bien de las personas, Dios) queda la fuerza de la “cantidad” que posee la estructura.

El relativismo: fruto de la incertidumbre contagiada de mediocridad, es la tendencia actual a desacreditar los valores o por lo menos propone un moralismo inmanente que pospone lo trascendente reemplazándolo con falsas promesas o fines coyunturales. La desconexión de las raíces cristianas convierte a los valores en lugares comunes o simplemente nombres.

El relativismo es la posibilidad de fantasear sobre la realidad, pensarla como si pudiera ser dominada por una orden instrumentalizada en un juego. Lleva a valorar y juzgar solamente por una impresión subjetiva: no cuenta con normas prácticas, concretas, objetivas.

Hay una reducción de la ética y de la política a la física. No existen el bien y el mal en sí, sino solamente un cálculo de ventajas y desventajas. El desplazamiento de la razón moral trae como consecuencia que el derecho no pueda referirse a una imagen fundamental de justicia, sino que se convierte en el espejo de las ideas dominantes.

Este repliegue subjetivista de los valores, nos induce a un “avance mediante el consenso coyuntural”. Entramos aquí también en una degradación: ir “nivelando hacia abajo” por medio del consenso negociador. Se avanza pactando. Por ende, la lógica de la fuerza triunfa.

Por otra parte, instaura el reino de la opinión. No hay certezas ni convicciones. Todo vale; de allí al “nada vale”, sólo pocos pasos.

El hombre de hoy experimenta el desarraigo y el desamparo. Fue llevado hasta allí por su afán desmedido de autonomía heredado de la modernidad. Ha perdido el apoyo en algo que lo trascienda.

Un nuevo nihilismo que “universaliza” todo anulando y desmereciendo particularidades, o afirmándolas con tal violencia que logran su destrucción. Luchas fratricidas. Internacionalización total de capitales y de medios de comunicación, despreocupación por los compromisos socio-políticos concretos, y por una real participación en la cultura y los valores.

Queremos ilusionarnos con una individualidad autónoma, no discriminada... y terminamos siendo un número en las estadísticas del marketing, un estímulo para la publicidad.

La unilateralidad del concepto moderno de la razón: sólo la razón cuantitativa (las geometrías como ciencias perfectas), la razón del cálculo y de la experimentación tienen derecho a llamarse “razón”.

La mentalidad tecnicista junto con la búsqueda del mesianismo profano son dos rasgos expresivos del hombre de hoy, a quien bien podemos calificar de “hombre gnóstico”: poseedor del saber pero falto de unidad, y –por otro lado– necesitado de lo esotérico, en este caso secularizado, es decir, profano. En este sentido, se podría decir que la tentación de la educación es ser gnóstica y esotérica, al no poder manejar el poder de la técnica desde la unidad interior que brota de los fines reales y de los medios usados a escala humana. Y esta crisis no puede ser superada por ningún tipo de “retorno” (de los que la modernidad agonizante ensayo a porfía), sino que se supera por vía de desbordamiento interno, es decir, en el núcleo mismo de la crisis, asumiéndola en su totalidad, sin quedarse en ella, pero trascendiéndola hacia adentro.

Falsa hermenéutica que instaura la sospecha. Se usa la falacia que es una mentira que fascina con su estructura aparentemente innobjetable. Sus efectos perniciosos se manifiestan lentamente.

O se caricaturiza la verdad o lo noble, agigantando jocosa o cruelmente una perspectiva y dejando en la sombra muchas otras. Es una forma de rebajar lo bueno. Siempre resulta fácil reírse una y mil veces, en público o en privado, de algún valor: la honestidad, la no violencia, el pudor, pero eso no lleva sino a perder el sabor por ese valor y a favorecer la instalación de su antivalor y el envilecimiento de la vida.

O se emplea el slogan, que con riqueza de lenguaje verbal o visual, utilizando los conceptos más valiosos y ricos, absolutizan un aspecto y desfiguran el todo.

Ya no aporta la posmodernidad, una aversión a lo religioso, y menos lo fuerza al ámbito de la privacidad. Se da un deísmo diluido que tiende a reducir la fe y la religión a la esfera “espiritualista” y a lo subjetivo (de donde resulta una fe sin piedad). Por otros rincones surgen posturas fundamentalistas, con la que desnudan su impotencia y superficialidad.

Esa miserable trascendencia, que no alcanza ni a hacerse cargo de los límites de la inmanencia, sencillamente se da porque no se anima a tocar ningún límite humano ni a meter la mano en ninguna llaga.

Muy unido a este paradigma del deísmo existe un proceso de vaciamiento de las palabras (palabras sin peso propio, palabras que no se hacen carne). Se las vacía de sus contenidos; entonces Cristo no entra como Persona, sino como idea. Hay una inflación de palabras. Es una cultura nominalista. La palabra ha perdido su peso, es hueca. Le falta respaldo, le falta la “chispa” que la hace viva y que precisamente consiste en el silencio.

Cultura del encuentro

Me permito abrir una propuesta: necesitamos generar una cultura del encuentro.

Ante la cultura del fragmento, como algunos la han querido llamar, o de la no integración, se nos exige aún más en los tiempos difíciles, no favorecer a quienes pretenden capitalizar el resentimiento, el olvido de nuestra historia compartida, o se regodean en debilitar vínculos.

Con realismo encarnado. Nunca dejemos de inspirarnos en los rostros sufrientes, desprotegidos y angustiados para estimularnos y comprometernos a investigar, estudiar, trabajar y crear más. El hombre, la mujer, ellos deben ser el centro de nuestros cometidos.

El hombre de carne y hueso, con una pertenencia cultural e histórica concreta, la complejidad de lo humano con sus tensiones y limitaciones, no son respetados ni tenidos en cuenta. Pero es él, quien debe estar en el centro de nuestros desvelos y reflexiones. La realidad humana del límite, de la ley y las normas concretas y objetivas, la siempre necesaria y siempre imperfecta autoridad, el compromiso con la realidad, son dificultades insalvables para esta mentalidad antes descrita.

Escapemos de las realidades virtuales. Y, además, del culto a la apariencia.

No se puede educar desencajados de la memoria. La memoria es potencia unitiva e integradora. Así como el entendimiento librado a sus propias fuerzas desbarrañca, la memoria viene a ser el núcleo vital de una familia o de un pueblo. Una familia sin memoria no merece el nombre de tal. Una familia que no respeta y atiende a sus abuelos, que son su memoria viva, es una familia desintegrada; pero una familia y un pueblo que se recuerdan son una familia y un pueblo de porvenir.

La clave está en no inhibir la fuerza creativa de nuestra propia historia, de nuestra historia memoriosa. El ámbito educativo, en cuanto búsqueda permanente de sabiduría, es un espacio indicado para este ejercicio: reencontrarse con los principios que permitieron realizar un deseo, redescubrir la misión allí escondida que pugna por seguir desplegándose.

Vemos tanta memoria enferma, desdibujada, desgarrada en recuerdos incapaces de ir más allá de su primera evidencia, entretenida por flashes y corrientes de moda, sentimientos del momento, opiniones llenas de suficiencia que ocultan el desconcierto. Todos esos fragmentos que quieren oscurecer y negar la historia.

El cambio de status jurídico de nuestra Ciudad, no puede significar “borrón y cuenta nueva”. Para el que no tiene pasado, no hay nada realizado. Todo es futuro, hay que hacer todo de cero.

Desde los refugios culturales a la trascendencia que funda. Se ha de buscar una antropología que deje de lado cualquier camino de “retorno” concebido –más o menos conscientemente– como refugio cultural. El hombre tiende por inercia, a reconstruir lo que fue el ayer. Este rasgo es consecuencia de lo anterior. La modernidad –al perder puntos de apoyo objetivos– recurre a “lo clásico” (pero en el sentido de mundo clásico, mundo antiguo; no en el sentido que le damos nosotros) como una expresión del deber ser cultural. Al encontrarse dividido, divorciado consigo mismo, confunde la nostalgia propia del llamado de la trascendencia con la añoranza de mediaciones immanentes también desarraigadas. Una cultura sin arraigo y sin unidad no se sostiene.

Universalismo integrador a través del respeto por las diferencias. Hemos de entrar en esta cultura de la globalización, desde el horizonte de la universalidad. En lugar de ser átomos que sólo adquieren sentido en el todo, debemos integrarnos en una nueva organicidad vital de orden superior que asuma lo nuestro pero sin anularlo. Nos incorporamos en armonía, sin renunciar a lo nuestro, a algo que nos trasciende.

Y esto no puede hacerse por vía del consenso, que nivela hacia abajo, sino por el camino del diálogo, de la confrontación de ideas y del ejercicio de la autoridad.

El ejercicio del diálogo, es la vía más humana de comunicación. Y hay que instaurar en todos los ámbitos, un espacio de diálogo serio, conducente, no meramente formal. Intercambio que destruye

prejuicios y construye, en función de la búsqueda común, del compartir, pero que conlleva intentar la interacción de voluntades en pro de un trabajo en común o de un proyecto compartido.

Más aún, en épocas donde se dice que somos “hijos de la información y huérfanos de la comunicación”, el diálogo requiere paciencia, claridad, buena disposición hacia el otro. No excluye la confrontación, de diversos puntos de vista, sin hacer que las ideas se manejen como armas, sino como luz. No resignemos nuestras ideas, utopías, propiedades ni derechos, renunciemos solamente a la pretensión de que sean únicos o absolutos.

El ejercicio de la autoridad. Siempre es necesaria la conducción, pero esto significa participar de la formalidad que da cohesión al cuerpo, lo cual hace que su función no sea tomar partido propio, sino ponerse totalmente al servicio. ¡Qué empobrecedor resulta para la dignidad de la convivencia en sociedad, esa política de hechos consumados, que impiden el legítimo tomar parte, que promueven lo formal por sobre la realidad!

El respeto por las cosmovisiones propias que informan desde dentro los contenidos de las más variadas áreas del saber, desde el nivel inicial hasta la formación de los docentes, es una obligación de quienes gobiernan, porque hace al respeto del legítimo pluralismo y de la libertad de enseñar y aprender.

Para que la fuerza que todos llevamos dentro y que es vínculo y vida se manifieste, es necesario que todos, y especialmente quienes tenemos una alta cuota de poder político, económico o cualquier tipo de influencia, renunciemos a aquellos intereses o abusos de los mismos que pretendan ir más allá del bien común que nos reúne; es necesario que asumamos, con talante austero y con grandeza, la misión que se nos impone en este tiempo.

El ejercicio de abrir espacios de encuentro. En la retaguardia de la superficialidad y del coyunturalismo inmediateista (flores que no dan fruto) existe un pueblo con memoria colectiva que no renuncia a caminar con la nobleza que lo caracteriza. Los esfuerzos y emprendimientos comunitarios, el crecimiento de las iniciativas vecinales, el auge de tantos movimientos de ayuda mutua, están marcando la presencia de un signo de Dios en un torbellino de participación sin particularismos pocas veces visto en el país. Nuestra gente, que sabe organizarse espontánea y naturalmente, protagonista de este nuevo vínculo social, pide un lugar de consulta, control y creativa participación en todos los ámbitos de la vida social que le incumben. Los dirigentes debemos acompañar esta vitalidad del nuevo vínculo. Potenciarlo y protegerlo puede llegar a ser nuestra principal misión.

¡Cómo no pensar en la escuela como un espacio privilegiado de intercambio!

Apertura a la vivencia religiosa comprometida, personal y social. Lo religioso es una fuerza creativa en el interior de la vida de la humanidad, de su historia, y dinamizadora de cada existencia que se abre a dicha experiencia.

¿Cómo entender que en algunos ámbitos educativos se convoquen todos los temas y cuestiones, pero haya un único proscrito, un gran marginado: Dios?

En nombre de una reconocida como imposible neutralidad, se silencia y se amputa una dimensión que lejos de ser perniciosa, puede aportar grandemente a la formación de los corazones y a la convivencia en sociedad.

No es suprimiendo las diferencias de lícitas opciones de conciencia, ni el tratamiento abierto de lo que tiene relación con la propia cosmovisión, que lograremos una formación en el respeto por cada persona y en el reconocimiento de la diversidad como camino a la unidad.

Pareciera que el espacio de lo público tiene que ser "light", bien licuado, a resguardo de cualquier convicción, la única toma de postura admitida será en orden a la vaguedad, frivolidad o a favor de los intereses del dueño de la fuerza.

Educar ¿y después?... Educar

Ante este panorama, donde no faltan las dificultades familiares endógenas y exógenas, las económicas, la violencia y el desafecto, pareciera obligado preguntarnos: ¿Cómo educar?, pero a la vez no poder menos que plantearnos: ¿Cómo no educar? ¿Cómo no seguir depositando nuestra confianza en la educación?

No se comprende la institución educativa, sin el maestro, sin el docente. Pero tampoco se comprende sin poner en el centro al ser humano. Y esto viene a cuento cuando estructuras, currículum, programas, contenidos, evaluación, modos de gestión, luchan por acaparar el primer plano

La cultura posmoderna presenta un modelo de persona asociado fuertemente a la imagen de los jóvenes. Es lindo quien aparenta juventud, quien realiza tratamientos para hacer desaparecer las huellas del tiempo. El modelo de belleza es un modelo juvenil, informal, casual. Nuestro modelo de adulto es adolescente.

Se considera a los adolescentes como poseedores de nuevas formas de sentir, pensar y actuar. Pero, al mismo tiempo, se los ve desprovistos de formas críticas para interpretar el mundo en que viven y de esperanza en el futuro. A estos jóvenes el conocimiento escolarizado se les presenta como anticuado, carente de sentido. Desvalorizan lo que las escuelas presentan como necesario para vivir en esta sociedad.

Los docentes más experimentados, confiados en sus formas exitosas de enseñar, a veces encuentran oscuro y lejano el mundo del adolescente. Es decir, nos encontramos con un adolescente que desvaloriza el saber escolar y un docente que desconoce los interrogantes adolescentes. Esto es un desencuentro.

Son también los jóvenes quienes han sido invitados insistentemente a la búsqueda del placer, de la fuente de satisfacción de los deseos de manera instantánea y sin dolor; inmersos en la cultura de la imagen como su hábitat más natural. El conocimiento que presenta la escuela aparece como un saber poco apetecible y se lo considera no importante. No enfatiza la satisfacción sensorial, ni son herramientas que aseguren el ascenso social o simplemente el acceso a un empleo.

Los jóvenes no encuentran en la escuela lo que buscan. La escuela moderna recibe a un alumno posmoderno, podríamos decir con cierta soltura, pero no es sólo esto.

Hay una imprescindible necesidad de coherencia. No sirven los intercambios de acusaciones. Como sociedad debemos arrojar claridad, para superar el desencuentro, para no malgastar energías construyendo por un lado lo que destruimos por otro.

¿Qué enseñar? La misma variedad y multitud de lo cognoscible es inconmensurable; ¿cómo ordenarse en esta multiplicidad de qué enseñar, de qué aprender? Partiendo sólo del material a saber, no hay punto de vista auténticamente ordenador. El objeto de conocimiento no indica necesariamente un objetivo y una perspectiva. El punto de vista ordenador debe encontrarse en el

hombre y en el encuentro con los hombres, porque la educación debe servir a la formación, es decir a la conformación de la vida. Ese punto de vista, aún con toda la necesaria vinculación con la cosa misma, debe ser a la vez camino, camino de encuentro en el que quien enseña y quien aprende se comprendan mejor a sí mismos. Se comprendan mejor a sí mismos en relación a su tiempo, a su historia, a la sociedad, a la cultura y al mundo.

La educación debe sortear el riesgo de empequeñecerse en la mera distribución del saber. No se trata sólo de la selección de ofertas concretas de contenidos o métodos sino también de interpretación y valoración.

Docente y alumno tienen que llegar a un entendimiento que cimente el común deseo de verdad. No sólo sentirse vinculados a las cosas, sino rectitud en el modo de entender la existencia.

Es necesaria una educación en la que permanezca lo fundamental y permanezca el fundamento.

Existe lo verdadero, lo bello, lo bueno. Existe lo absoluto. Se puede, más aún, se debe conocerlo y percibirlo.

Es necesaria una educación que favorezca el tramado de la sociedad civil (o sea civilizada, o sea ciudadana). Que la educación sea un lugar de encuentro y de los empeños comunes donde aprendamos a ser sociedad, donde la sociedad aprenda a ser sociedad solidaria. Tenemos que aprender nuevas formas de construir la ciudad de los hombres.

No sólo palabras: vida

Todos ustedes saben de las necesidades crecientes de la educación como alumnos, como exalumnos o como padres. También como dirigentes de empresas seguramente, se han vinculado al mundo de la escuela comprometiéndose para las denominadas pasantías y proyectos de educación en la acción comunitaria. Hoy, la preocupación de ustedes por la educación manifestada en la invitación que me hicieron, me anima a pedirles en confianza el esfuerzo sostenido de acompañar el desarrollo de un proyecto del Departamento de Escuelas Parroquiales del Arzobispado para atención y sostenimiento de sectores estructuralmente débiles o debilitados, apuntado hacia la integración de los sectores más necesitados, a través de la construcción de centros comunitarios, que atiendan a la diversidad, a la pobreza, a la familia y a la educación.

La Iglesia está presente en educación, aquí en el Río de la Plata, desde hace casi 400 años. Precisamente un colegio de la Compañía de Jesús, fue el primero por estos lares. Y queremos decir siempre presente. La Iglesia suspira por poder ofrecer educación totalmente gratuita, en zonas de nuestra ciudad donde el fracaso escolar y las problemáticas son más agudas, como Lugano, Soldati, la Boca, Barracas. Ya tenemos obras en esos sectores, pero aspiramos a multiplicar la presencia y el acompañamiento, ofreciendo la contención, la formación y el seguimiento, que esos chicos y sus familias necesitan.

Queridos amigos, la educación, los más chicos de nuestra sociedad, esperan mucho de ustedes y de nosotros. Sé del esfuerzo y del trabajo que vienen realizando. Sé también del entusiasmo y de la capacidad, que pueden desplegar en esta hora crucial, a favor del devenir de la educación en nuestra Ciudad.

Un pueblo que quiere conjurar la pobreza del vacío y la desesperanza. Un pueblo con memoria, memoria que no puede reducirse a un mero registro. Allí está la grandeza de nuestro pueblo. Advierto en nuestro pueblo argentino una fuerte conciencia de su dignidad. Es una conciencia que se ha ido moldeando en hitos significativos. Nuestro pueblo tiene alma, y porque podemos hablar del

alma de un pueblo, podemos hablar de una hermenéutica, de una manera de ver la realidad, de una conciencia. Hoy, en medio de los conflictos, este pueblo nos enseña que no hay que hacerle caso a aquellos que pretenden destilar la realidad en ideas, que no nos sirven los intelectuales sin talento, ni los eticistas sin bondad, sino que hay que apelar a lo hondo de nuestra dignidad como pueblo, apelar a nuestra sabiduría, y a nuestras reservas culturales. Es una verdadera revolución, no contra un sistema, sino interior; una revolución de memoria y ternura: memoria de las grandes gestas fundantes, heroicas... Y memoria de los gestos sencillos que hemos mamado en familia. Ser fieles a nuestra misión es cuidar este “rescoldo” del corazón, cuidarlo de las cenizas tramposas del olvido o de la presunción de creer que nuestra Patria, nuestra Ciudad y nuestra familia no tienen historia o la han comenzado con nosotros. Rescoldo de memoria que condensa, como la brasa al fuego, los valores que nos hacen grandes; el modo de celebrar y defender la vida, de aceptar la muerte, de cuidar la fragilidad de nuestros hermanos más pobres, de abrir las manos solidariamente ante el dolor y la pobreza, de hacer fiesta y de rezar; la ilusión de trabajar juntos y –de nuestras comunes pobreza– amasar solidaridad.

Todos estamos convidados a este construir la cultura del encuentro, a realizar y compartir este fermento nuevo que –a la vez– es memoria revivificante de nuestra mejor historia de sacrificio solidario, de lucha contra esclavitudes varias y de integración social.

Convenciéndonos una vez más que el todo es superior a la parte, el tiempo superior al espacio, la realidad es superior a la idea y la unidad es superior al conflicto.

Por último, solemos interrogarnos con cierta preocupación: ¿qué mundo le dejamos a nuestros hijos? Quizás sería mejor plantearnos: ¿qué hijos le damos a este mundo?